

Amor por la pobreza y los pobres

Desde la más tierna edad, desde los tres años, María se inclinaba hacia la vida pobre y solitaria y a escondida ingresaba a la casa pobre de los vecinos, que en ese tiempo habitaban cerca de la casa paterna, donde más tarde fue construido un edificio para la escuela primaria femenina. Al entrar a la casa solía repetirle a sí misma ¡Oh, si yo también fuera tan pobre!. Y se sentía feliz cuando le ofrecían polenta de maíz que comía junto a los niños en un platillo negro sobre el piso, de la misma forma como lo hacían los hijos pobres de la mujer. Su cuidadora, les llevaba lo que podía y luego los seguía dentro de su conciencia, donde muy alegre se entretenía con ellos. Desde entonces, y cada vez con mayor intensidad, pensaba en las familias menesterosas y experimentaba un cariño particular para con ellas. Más tarde comenzó a pensar y a desear para sí una choza humilde y solitaria experimentando en su interior un cariño muy especial para con los huerfanitos, virtud ésta ya manifestada desde su tierna juventud, hasta el punto en que muy a menudo se sorprendía cantando "niños míos, huerfanitos míos".



Aquí va un ejemplo: María tenía 20 años cuando escuchó de una madre viuda, que andaba entre los vecinos, contando que su hija moribunda no quería escuchar hablar ni de sacerdote ni de confesión. Blasfemaba contra todo y contra su misma madre, echándole encima todo lo que ésta le llevaba. A escondidas de su madre, porque la regañaba por sus tan frecuentes visitas a enfermos con el temor de que podría contagiarse con alguna enfermedad, María acudió a la casa de aquella pobre joven enferma, conocida con el nombre de Bella Amada, que los 23 ó 25 años de vida estaba muriéndose en el mas absoluto abandono. Llevaba consigo algo para reconfortarla, golpeó la puerta de la miserable choza y llamó, pero nadie respondió; entonces, abrió la puerta y preguntó "Nadie vive aquí". Una voz débil, desde el fondo, respondió: "Nadie más que yo, una miserable". Detrás de un par de tablas ennegrecidas, que partían a la mitad aquella oscura piecita, sin ventana ni luz, encontré algo muy parecido a un fantasma, suelto el pelo y tendida en el suelo. Me dijo ¿Dónde están los hombres que me han reducido a este estado? En mi debilidad estoy muriendo de hambre María le preguntaba ¿Dónde está tu madre? "Y ella responde". Todos, hasta la madre que me ha engendrado, todos me han abandonado, porque dicen que soy tuberculosa y temen al contagio. Aquí vivo yo sola, entre grandes dolores, pido auxilio, pero nadie me hace caso, sólo mi madre, día de por medio, viene del campo para prepararme algo de comer, pero no sabe hacerlo, y cuando veo aquel arroz semi cocinado, yo débil y moribunda me siento desfallecer porque ella también me ha abandonado, le echó todo encima e imploro su piedad, le pido por favor que busque un poco de caldo o leche de los vecinos, pero a ella le da vergüenza pedir limosna y, además, si le dan algo una primera vez se lo niegan la segunda". Y repetía ¿Dónde está la misericordia?, ¿Dónde están los sacerdotes?. No creo en ello, ni en sus palabras cuando una vez se atrevieron a visitarme, uno de ellos debía.

María buscó la manera de darle consuelo, de mostrarle interés por su enfermedad. La enferma comenzó entonces a relatar su triste historia, que María escuchaba derramando lágrimas, porque era un romance muy triste y conmovedor. Cuando la enferma vio que María comprendía y compartía sus penas, se tranquilizó. Fue entonces que María le habló de la parábola de Lázaro, de las amenazas de Jesús contra los ricos sin piedad. Al final, le proporcionó un poco de alimentos con caldo, vino y bizcocho que traía consigo.

Le dio un poco de consuelo y saludándola amigablemente se comprometió a volver al atardecer. Cuando volvió, de tarde, trajo consigo otros alimentos una estampita de Jesús que está al lado de un enfermo, y con la mano le enseña el cielo, otra estampita de las almas del Purgatorio, y enseñándole estas almas que sufren le explicó que todos debemos hacer penitencia por nuestros pecados, en esta vida o en la otra. Colgó luego estas estampas en la pared, al alado de la cama, para que esta enferma pudiese observarlas en la semioscuridad, y despacito la ayuden a predisponerse al arrepentimiento y a la confesión. El día siguiente, cuando llegó el sacerdote, arrepentida se confesó, así en su corazón volvió la gracia de Dios y con ella la paz y el consuelo. Con gran devoción recibió la Santa Eucaristía. Mientras tanto, María cumplió su obra amonestando a los vecinos por haberse olvidado de la enferma. Dos, tres días después, al volver María, de tarde, escuchó a la enferma decirles a unas vecinas que estaban junto a su cama.

Díganle a María que yo muero en paz!. Saluden por mi a ese ángel que me ha salvado. Al ingresar María vio a la moribunda con los ojos mirando al cielo; una vela encendida a la cabecera de su cama alumbraba el rostro feliz de la enferma, asistida por dos mujeres que habían hecho caso al amable reproche de María.

Preguntas para reflexionar

¿Conoces a algunas personas, discriminadas, débil, que la sociedad rechaza?

¿Cómo te comportas con esas personas?

¿Te encuentras en algún momento en una situación similar (discriminada, débil, rechazada)?

¿En qué modo buscas la ayuda?